

»No tiene fundamento sólido, acaso dependa sólo de los nervios... pero Flor y yo sorprendimos una mirada dirigida á mi, y en la cual nos pareció ver vibrar como un rayo.

»¿Es sincera? ¿Es falsa? ¡Ay, Enrique! ¡Cuánto me gustaría que estuvieras aquí para resolver todas mis dudas! Mi madre y Chaverny nada sospechan.

»Hoy nos ha preguntado con aire indiferente si sabíamos dónde estaba Gónzaga. Sin saber por qué se nos ha antojado que tenía gran empeño en averiguarlo.

»¿Qué le importará?

«¿Tendré razón de desconfiar?... ¿Cómo saberlo?»

Si; era verdad.

Liana tenía interés en saber el paradero de Gonzaga, y éste, acordándose un momento de ella, ocurriósele buscarla para hacerla instrumento de sus planes.

CUARTA PARTE

EL JURAMENTO DE LAGARDERE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

Reunidos por las gracias.

La feria de San Germán ha tenido gran importancia en la historia de París, no sólo desde el punto de vista comercial, sino como reflejo fiel, durante muchos siglos, de las costumbres parisinas.

Situada en el emplazamiento del que después fué el mercado del mismo nombre, desde la calle Tournon hasta el Luxemburgo, era al comenzar la Edad Media un privilegio de la Abadía. Por carta fechada en 1176, uno de sus Abades, Hugo, cedió á Luis el Joven la mitad de las rentas ó productos de la feria, y la otra mitad en 1278 fué á parar también á la corona, después de una refriega sangrienta entre escolares y sirvientes de la Abadía.

Con efecto, resultando los religiosos condenados á dotar dos capellanías de cuarenta

libras de renta en expiación del homicidio del escolar Gerardo Dôle, el abad prefirió ceder los derechos que le restaban de la feria (la otra mitad, como queda dicho), y que pagase la renta Felipe el Atrevido.

Felipe el Hermoso la trasladó á los Mercados de Champeaux, y Luis XI la restauró en el Arrabal de San Germán, por letras-patentes ó cartas-reales dadas en Plessis-les-Tours en Marzo de 1482.

Cuatro años después construyéronse en consecuencia trescientas cuarenta garitas en los jardines del Palacio de Navarra.

Aumentadas, restauradas, destruidas parcialmente por incendios sucesivos, se quemaron totalmente la noche del 16 al 17 de Marzo de 1763.

Reedificáronse al año siguiente, y la tempestad revolucionaria, secundada por la moda, que tendía á llevar al público á las nuevas galerías del Palacio Real, pudo barrer por fin aquel campo de la feria, en el que durante varios siglos se habían vendido para los reyes encajes de Inglaterra, de Flandes, de Holanda y de Alemania, tejidos de oro y plata, armas, espejos y mercancías de China; para las bellas, afeites, indianas, sedas, chucherías y golosinas; para los aficionados, objetos de arte preciosos; para los villanos, medias de lana, velas, etc., y para

los burgueses, vajilla, anteojos, cerveza fuerte y *bibelots*.

Sería demasiado largo describir tal feria, célebre en los anales de París.

En la época de la Regencia y de Luis XV la feria estaba muy en boga.

Aquel año, cuando el teniente de policía inauguró la feria solemnemente, pronunciando la frase sacramental:

—«Señores, abrid vuestras garitas», no estuvo el Regente para solemnizar la apertura, pero sí, como los años anteriores, asistió á la ceremonia Gonzaga, acompañado de su fiel Peyrolles, aunque ambos disfrazados y procurando no ponerse en evidencia.

Listo hubiera sido el que reconociese al príncipe y su factótum en aquellos dos mercaderes holandeses, que, no obstante, excitaban bastante la general curiosidad.

Los dos pícaros no cesaban de codearse á cada paso con gente conocida que les miraba atentamente sin reconocerlos.

Parecían maravillados por lo que veían, representando á la perfección su papel de extranjeros á quienes interesa un espectáculo nunca visto, y como demostraban ser generosos y tener repleta la bolsa, los mercaderes se los disputaban entre sí.

Hicieron varias compras, cargaron de pa-

quetes á un criado, y una vez despedido éste, continuaron su paseo como mirones. Felipe de Mantua parecía estar nervioso. Dirigía ávidas miradas hacia los cuatro puntos cardinales como el que aguarda algo ó á alguien con mortal ansiedad. Un momento inclinóse hacia su compañero y le dijo al oído:

—¡Nadie aún!

—Sí; mirad allá: Nocé y Lavallade.

—Bueno, esos ya sabemos que estarían; pero, ¿y los otros?

—Paciencia, monseñor; no tardaremos en encontrarlos.

Arrastrados por la ola de los ociosos se aproximaron á los titiriteros. Nocé se tragaba una espada y prometía curar todos los dolores de muelas con un específico confeccionado por él y que era un secreto para la Facultad.

Vendíalo por dos sueldos. Los circunstantes no tenían gran confianza en el charlatán, y Nocé no se resentía por ello. Le hubiera costado gran trabajo probar sus talentos de otro modo que haciendo cabriolas y dando gritos.

Lavallade, provisto de un gong, hacía el mayor ruido posible, y sólo interrumpía su ejercicio para mostrar con una varita una porción de muñecos que en amplia tela tenía extendidos tras de sí.

Había entre ellos de todo: arqueros y matones, mujeres casi desnudas, clérigos devorados por fieras del Apocalipsis, Diógenes en su tonel haciéndose sacar una muela por Alejandro Magno é infinidad de grotescos mamarrachos por el estilo que agradaban bastante á grandes y chicos.

Nocé se detuvo de pronto en lo mejor de su discurso al ver acercarse á Gonzaga y Peyrolles, y se apresuró á hacerles, entre varios gestos ridículos, un signo de inteligencia. El príncipe, creyendo que tenía algo que comunicarle, empujó á su mayordomo, quien tuvo que subir, mal de su grado, los escalones.

El fingido operador, aprovechándose de la ocasión que ponía entre sus manos al odiado intendente, le hizo sentar, le examinó la dentadura abriéndole la boca, y al tantear con el instrumento de acero los huesos, rompió el medio diente postizo.

—¡Torpel—saltó el mayordomo.—Y luego, comprimiendo su cólera, añadió en voz baja:—¿No hay nada nuevo?

—Nada, mi buen señor. Pero si continúo en esta profesión voy á coger una ronquera antes de media noche.

—Gritad menos y mirad más. Yo he visto ya tres jorobados en la feria.

—Quizá sea él uno... Habría que averi-

guarlo... En todo caso mirad algo que le concierna... ¡Pardiez! Hubiera jurado que esos bellacos yacían en el fondo del Sena!

Referiase á Cocardasse y Passepoil. Los dos diestros, seguidos de su ya inseparable Berrichón, atravesaban por entre la muchedumbre como gente que no tiene nada que hacer.

El normando gozaba metiéndose en aperturas; vagamente acariciaba la idea de encontrarse con Maturina, aunque equivalía á querer encontrar una aguja en un pajar.

De pronto dos manos se posaron en sus hombros y luego en sus mejillas, tapándole los ojos. Si hubieran sido manos de hombre, pronto se habría librado de ellas, pero no se movió, saboreando la dulzura de aquella caricia; lejos de desatar aquellos lazos, hizo un movimiento y besó la mano que le privaba de ver.

Devolviéronle inmediatamente el uso de aquel sentido, y oyó una carcajada argentina y fresca. Se volvió.

—¡Mademoiselle Cidalisa!—exclamó asombrado.

Dos minutos después ambos diestros se veían rodeados de las señoritas de la Opera á quienes salvaron del asalto de los malandrines. Berrichón no comprendía nada de la alegría de sus dos maestros, especialmente de la

del normando, ni de las exclamaciones que se cruzaban entre ellas y ellos.

Otros contemplaban la escena con distintos pensamientos. Nocé se olvidó de su pretendido cliente, el cual abría la boca más sorprendido que dispuesto á dejarse deteriorar la dentadura, y Gonzaga no gozaba ciertamente al ver á la Fleury del brazo de Cocardasse; si no propiamente celos, sentía lastimado su amor propio.

El pseudo-sacamuelas, recobrándose, hizo ademán de empastar el diente postizo que había quebrado al paciente; pero Peyrolles, declarándose curado como por ensalmo, apresuróse á reunirse con su amo.

—¿Qué significa eso?—gruñó el príncipe.—¿Tan bajo cayeron durante nuestra ausencia esas artistas para trabar conocimiento con semejantes soldadotes?

—¡Y qué soldadotes!—apoyó el factótum.

—¿Cómo se habrán conocido?

—Lo ignoro. Lo que sé es que tienen demasiadas mujeres en su juego para que puedan triunfar.

Mientras tanto las actrices y los tres amigos se metieron en una taberna.

—Tanto peor para el que nos censuré, sosteniendo que no es este lugar propio de nosotras—dijo la Fleury.

La única á quien no hacía mucha gracia el encuentro era la Nivelle que recordaba á Oriol y sus larguezas.

—¡Berr!—exclamó de pronto la Fleury.—Me dan frío esos dos hombres al verlos envueltos en tantas pieles.

Los dos individuos en cuestión eran Gonzaga y Peyrolles que fueron á sentarse en una mesa próxima. A la Nivelle no le causaron frío; antes que en las pieles, reparó en las sortijas y alhajas, y calculó que debían de ser muy ricos. Ya sabemos que era una mujer en extremo práctica.

En su consecuencia, con una hábil manobra, dió vuelta á la mesa hasta colocarse entre los dos grupos. Cerca ya de los extranjeros la más mínima circunstancia podía proporcionarle la ocasión de entablar conversación con los presuntos mercaderes.

Pero como tardaba á presentarse la oportunidad, pues Cocardasse bebiendo y los demás charlando no la hicieron gran caso, resolvió hacerla surgir y comenzó á hablar por los codos, manoteando como si estuviese en las tablas. Uno de sus movimientos causó el incidente: con su precioso abanico de nácar tiró el vaso de Peyrolles, derramando una gran parte del líquido.

Se excusó; Peyrolles quitó importancia al

hecho y entabló conversación galante con ella.

—¡Eh, eh, Nivelle!—observó la Fleury, fijándose en el manejo de su amiga.—Recuerda que para pactar tratados con el extranjero se necesita, por lo menos, el asentimiento de Su Alteza Real.

—Estad segura, señora, de que Su Alteza el Regente lo ratificará—contestó Peyrolles.

—Déjala—intervino Cidalisa.—Es la única aquí que no sabe qué hacer. Tratad de distraerla, señores, os respondo que no es nada difícil.

Y se volvió para seguir su animada charla con Passepoil.

Después de recordar amplia y difusamente lo pasado, comenzó á ocuparse del presente, sin duda para pasar á lo porvenir.

—¿Qué habéis visto en la feria?

—Sólo á vos, mademoiselle Cidalisa, sólo á vos—respondió ufano y entusiasmado el valiente esgrimidor—y os aseguro que no veré otra cosa mientras vos permanezcáis en ella.

Como recompensa de su lisonja, la gruesa artista dió su mano á besar al caballero.

Madame Desbois había monopolizado á Berrichón, y Juan María la escuchaba embelesado.

La Fleury admiraba á Cocardasse y se lo decía sin remilgos.

Mientras tanto la Nivelle hallábase bastante perpleja, no decidiéndose por uno de los dos

extranjeros. ¿Eligiría el más viejo y que parecía más gran señor? Sus sortijas le tentaban. En cambio el otro era más joven y la echaba unas miradas... En esto observó que una de sus compañeras estaba tendiendo sus redes en la misma dirección y resolvió escoger, sin dejarse llevar de sentimentalismos, que siempre había calificado de ridículos.

Poco después, la Nivelles hallábase sentada al lado del príncipe y la Dorbigny al lado de Peyrolles. No habían tardado ambas damas en entenderse y poner en ejecución sus planes.

Por su parte, el factótum del príncipe que, ante todo, deseaba averiguar las relaciones de los diestros con las artistas, no tuvo muchos escrúpulos que digamos en ir derecho al bulto, preguntando de pronto:

—¿Quiénes son esos caballeros? No tengo el honor de conocerlos, pero por su aspecto no me parecen dignos de vuestras soberanas hermosuras.

—El hábito no hace al monje—repuso la Nivelles.—Esos que os parecen cualquier cosa son caballeros provincianos, pero de un valor excepcional.

—En ese caso, comprendo vuestro interés. Las damas son entusiastas de la bravura.

—Sobre todo—añadió la Dorbigny—cuando se ejerce en favor suyo.

—¡Ah!...

—Sí—corroboró la Nivelles.—Sin su auxilio hubiéramos pasado un mal rato y, por lo menos, les debemos agradecimiento.

El príncipe, á todo esto se mantenía como el hielo y no pronunciaba palabra. Sólo al oír la última frase de la Nivelles se volvió hacia la artista. Y como vió ésta que los ojos de su glacial vecino se animaban, mirándola interrogadores, contó con toda clase de pormenores el suceso, sin hablar empero, como se comprenderá, de lo ocurrido después de llegar á París.

Gonzaga se tranquilizó; aun no temiendo nada de las bailarinas, cerebros hueros y mujeres poco capaces para una intriga seria, prefería que no tuviesen nada que ver con Lagardère y si sólo con los dos diestros, á quienes no concedía gran importancia como hombres astutos é inteligentes, capaces de engañar á nadie con argucias diplomáticas.

—Caballeros—dijo levantándose y acercándose á la otra mesa.—Acaban de relatarnos vuestra hermosa acción, y sentiríamos mucho regresar á nuestro país sin estrechar la mano de dos héroes. Os ruego que me digáis vuestros nombres, para apuntarlos en nuestra cartera, y os doy mi palabra de que muy en breve serán célebres en Holanda.

El gascón púsose en pie, retorciéndose el mostacho y exclamó:

—¡No tengas miedo, pequeño!... ¡Mal pecado! Nuestros nombres son bien conocidos: Cocardasse y Passepoil, diestros famosos, maestros de esgrima de París, campeones del mundo entero y de sus arrabales y, por último, excaballeros del Real Lagardère.

Este último título hizo fruncir la frente á los dos mercaderes de Amsterdam, recordándoles desastres inolvidables.

Los diestros estrecharon la mano de aquellos señores sin sospechar que eran sus más mortales enemigos, y todos se agruparon pocos instantes después á la misma mesa.

II

La sortija negra.

De ordinario las mujeres no iban á cafés y tabernas, salvo las grandes señoras que acudían por curiosidad acompañadas de los caballeros de su alcurnia, y las cortesanas.

Pero durante la feria de San Germán no tenían escrúpulo alguno en frecuentar los establecimientos que estaban instalados en el campo de la feria ó en sus alrededores. Habíase

hecho ya, no sólo moda, sino hasta una especie de exigencia social. Resultaba del mejor tono darse citas en ellos, y la licencia de la época permitía esas entrevistas amorosas lo mismo entre gentes de la misma esfera que entre pertenecientes á categorías sociales distintas.

La duquesa más encopetada, que en cualquier otra parte hubiérase creído degradada por el roce con sus interiores, no tenía á menos sentarse en uno de aquellos tugurios al lado de una planchadora ó un mercader cualquiera.

La Revolución no inventó nada al inscribir sus tres famosas palabras: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*. Ya existían, y se practicaban como regla de conducta en la feria de San Germán.

En los cafés y tabernas de ella se mezclaban y confundían las clases sociales, como ante las garitas de los feriantes, lo que no dejaba de dar lugar á sorpresas, bastante divertidas para los que en ellas sólo actuaban como simples espectadores. Á veces una menestrala y una marquesa sentábanse á la misma mesa esperando á sus enamorados respectivos, y al llegar éstos resultaba que el de la primera era el propio marqués y el de la segunda el amante ó galán de la menestrala.